





# GALAXIA CICATRIZ

Primera edición, abril de 2021

© Editorial Niña Loba

[www.ninalobaeditorial.es](http://www.ninalobaeditorial.es) / [info@ninalobaeditorial.es](mailto:info@ninalobaeditorial.es)

Colección: Narrativa contemporánea

Número: 12

© Pedro P. González, 2021

Edición, maquetación y diseño: © Editorial Niña Loba

Diseño de cubierta: © Darío Méndez Salcedo

Logo e ilustraciones editoriales: © María Calderón Fernández

Agradecimientos editoriales: Jon Gisasola, Miguel Ángel González Zazo,  
Paula Aparicio, Silvia M. Díaz

Impreso en España /Printed in Spain

Impresión: Podiprint

ISBN: 978-84-123412-1-8

Depósito Legal: SE 398-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)) o en los teléfonos 917021970 / 932720445.

# Galaxia cicatriz

Pedro P. González

niñaloba





## NOTA DEL EDITOR

*Galaxia cicatriz* nos invita a la frontera donde lo terrible de nuestra condición se disuelve en la infinita —y aún desconocida— posibilidad del cosmos.

Los escenarios, personajes y demás elementos en los que centra su mirada (elementos radicales como la corrupción del cuerpo, los vínculos obsesivos, los ideales descarrilados) recuperan la esencia de ese realismo sucio que nos torna espectadores de las miserias humanas al tiempo que las expresa sin compasión y hasta con sorna. Seremos testigos —si es que no lo somos ya— de lo horrible que puede ser una vida puesta al límite y de hasta dónde es posible seguir tirando del lazo del amor cuando ya no queda nada.

Pedro P. González nos ofrece un relato sórdido, angustioso en partes y maléfico en otras, atravesado, además, por un bajo continuo de terror cósmico —pues la marca de un Universo que observa nuestros padecimientos sin intervenir no puede ser otra que la del Terror—, un terror cósmico que nos recuerda el gran absurdo, pero también la gran promesa, que suponen nuestras biografías particulares para la mirada de lo inconmensurable.

¿Conoceremos algún día las leyes que rigen lo inefable? Y lo más importante: ¿sabremos emplearlas para llegar a ser, por fin, dichosos?

Les invitamos a internarse en esta galaxia y en esta cicatriz, cuyos desvaídos horizontes nos anticipan ya los perfiles de los reinos posibles.



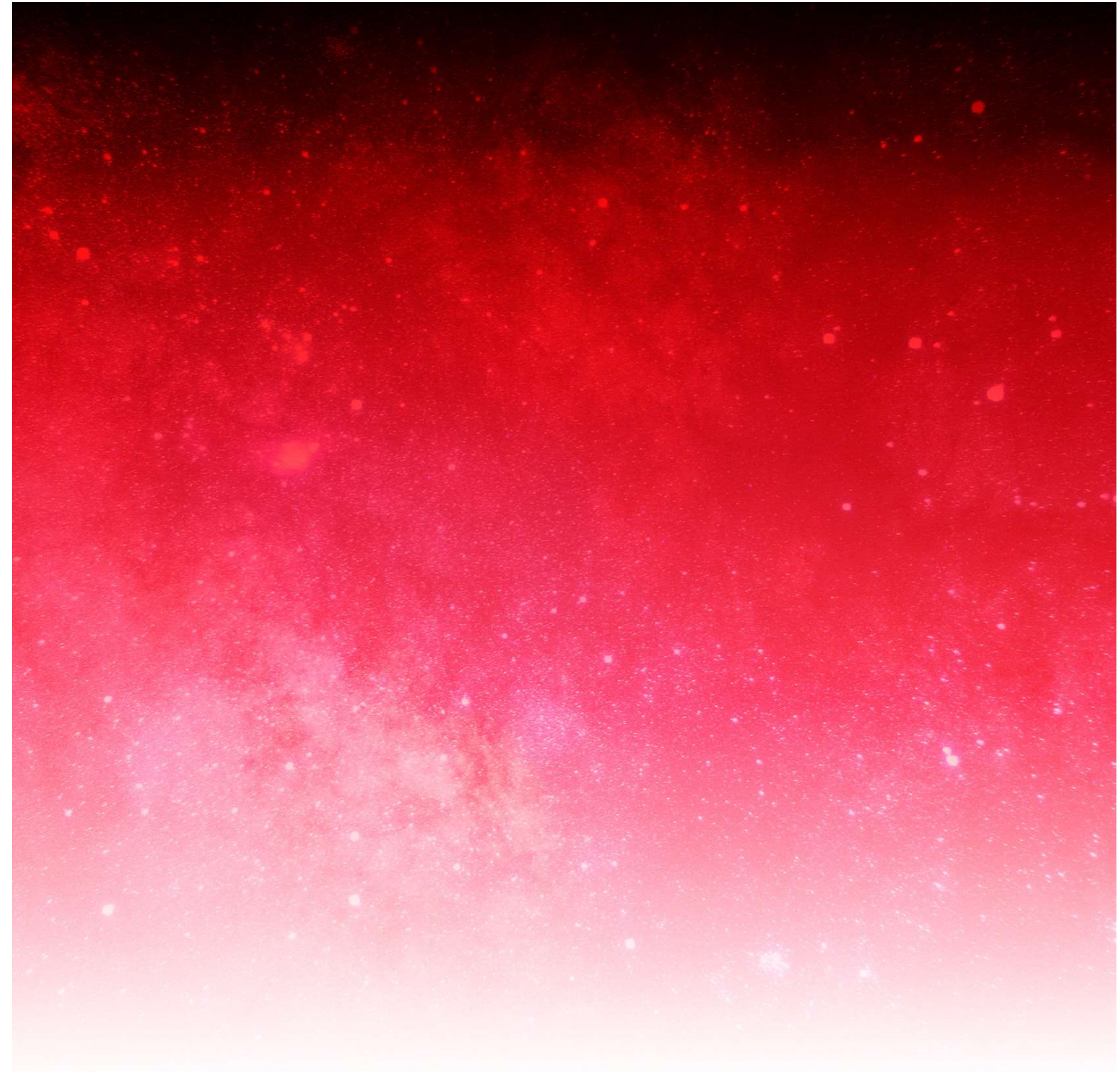


Galaxia cicatriz





**Primera parte**  
**Volvo rojo**



# I

LEVANTARSE CADA MAÑANA es despertar de la vida para entrar en un ataúd. Ahí fuera llueve, alguien se ha dejado el aspersor abierto y el cenicero está tan lleno que vomita colillas. Ha vuelto a fumar. Lo había dejado, pero ahora parece la chimenea de una fábrica de neumáticos. No se lo ha dicho a Helen. ¿Para qué? Hace meses que no viajan juntos en el Volvo rojo. No se iba a enterar. Como si el asiento del copiloto no existiera. No va revisar el cenicero como hacía antes. Ya no.

Por más que lo intenta, no recuerda la última vez que hablaron. ¿Por qué no se desprende de ella? ¿Por qué no se marcha? Se cruzan de vez en cuando por el pasillo. Saludos tristes con la cabeza. A veces un gruñido. En el mejor de los casos, una mirada cargada con balas de reproche.

Se imagina a Helen en la puerta de casa, lista para salir cualquier noche mientras él trabaja. Cierra la puerta, guarda la llave en un pequeño bolso y coge un taxi. Está embutida en ese traje negro y ceñido que ya nunca se pone. No le queda como antes, pero le sigue

haciendo una bonita figura. Nunca fue lo que se dice una belleza, es atractiva a su manera. Se la imagina en la parte trasera del taxi. Revisa mensajes de WhatsApp o ese nuevo *match* en su Tinder secreto. Está en la barra de un bar cualquiera de Long Island. Aunque siempre fue más de vino, la noche pide más acción. Un *bourbon* en la mano, el segundo o el tercero que se toma. Tomará más. El vaso tiene una mancha de carmín fresco, su nueva tarjeta de visita. Está en busca y captura de cualquier hombre. El bar está lleno de pretendientes. Les pone precio y espera a que las acciones bajen. Comprará a cualquiera que le ofrezca un buen rendimiento en la cama a corto plazo. Miradas de novedad y lascivia que se pierden en los viajes al servicio. Helen nunca ha sido así.

Se imagina todo eso y le da igual. Casi lo desea. Quiere que cientos de hombres la seduzcan y revoloteen como zánganos alrededor de su perfume barato. Quiere que ella los embruje, que los haga morder el anzuelo al fondo de su escote para después tirar del carrete. Toneladas de hombres boquean en el suelo de su barca de hormonas. Quiere que la traten como a una reina. Que se la lleven. Quien sea; y le ofrezcan todo tipo de fantasías en un baño sucio. El catálogo de experiencias que él nunca ha podido ofrecer. Ahora menos que antes. Quiere que todo eso suceda. El cómo le da igual, solo necesita ver un final. Cuanto antes.

La ve flirtear con jóvenes y viejos. Los atrapa con su mirada fría y voz áspera de lija. Primero se acerca un gordo calvo y sudoroso. Traje, corbata roja y bigote clareado por el tabaco. Un agente de seguros o un em-

pleado de banca. El emisario de una funeraria que enseña el abanico de ataúdes a una viuda reciente. Desliza su tarjeta con el número de habitación en un motel barato. Después, un joven con buena planta y dientes alineados, traje caro y billetera a punto de estallar. Todo un jodido Christian Grey.

Universitarios borrachos, divorciados y casados que solo están de paso. Quiere que mientras él trabaja en el laboratorio, ella abra la veda de su cama y ponga un cartel de neón entre sus piernas. Ha empezado la temporada de caza. Lo piensa y no se excita. Hace meses que no sabe lo que es una erección. Ha olvidado eyacular. Pasa tanto tiempo pensando en otras cosas que sus pelotas son como dos uvas pasas.

La radio del Volvo anuncia el boletín informativo. El último de la noche o el primero del día. No ha amanecido todavía. Es esa época del año en la que la luna le da un buen revolcón al sol y lo esconde como un amante dentro de un armario. Un invierno frío y triste, como todos.

El paisaje le parece más tétrico que de costumbre. Son solo imaginaciones suyas. Nada de terribles árboles con extremidades afiladas ni sombras que se suban al coche para después decir: «En esa curva me maté yo».

La carretera es recta. Mueve las manos y gira el volante de un lado a otro como en las películas viejas. Los dedos bien firmes sobre el acabado de cuero falso. Mirada inerte hacia el horizonte negro. Las ruedas crujen con el lamento de un buque lejano cada vez que rebasa la línea del arcén.

La telaraña de ideas en su cabeza teje extraños compañeros de viaje al otro lado del cristal del Volvo rojo.

Allí, esas sombras que se ríen de él. Decadencia y espíritus del bosque que escupen burlas. Los espectros errantes y los fantasmas vagan silenciosos por la bahía. Almas en pena que huyen de la luz previa al crepúsculo como murciélagos. No hay nada de eso ahí, salvo la noche inamovible bajo la llovizna. Lo demás está enredado entre sus costillas y dentro de sus huesos. Tiene esa maldita oscuridad cosida a las tripas. No consigue deshacerse del desagradable sabor que habita al final de la lengua. No es capaz de rascar la bilis babosa que empaapa los sentimientos. Tiene la sangre teñida con contraste de tristeza. Le cuelga del cuello un ancla que no lo deja salir del puerto bañado en bruma.

Está agotado. Tiene los ojos enterrados en bolsas negras de carne cansada. Se mira en el retrovisor. Las gafas parecen haber agrandado los minúsculos ojos negros con un cómico efecto lupa. Le gustaría parecerse a Robert Downey Junior o al enigmático Jeff Goldblum de *La mosca*. A cualquier tipo interesante de barba canosa de tres días. Incluso a Steve Carell, pero se tiene que conformar con ser una versión barata de Moby. Odia a ese tío. Odia su música, pero el odio a sí mismo es más potente que el latido grave de cualquier *subwoofer*.

El trabajo es lo único que lo mantiene a flote. Es el faro en su eterno plano secuencia de noche sin tregua.

Las cosas no van nada mal en el laboratorio. Mucho mejor de lo esperado. Las jornadas y las pruebas son extenuantes, los días y las noches se mezclan en una batidora de cálculos y pruebas a nivel nanoscópico. Me-



rece la pena. Teorías y corolarios se escurren a diario por el embudo de la certeza. La Universidad, el Doctorado, cientos de cursos y seminarios han dado extraños frutos que ahora está recogiendo.

Cuando creía que la física se le estaba atragantando y la rutina administrativa había aplastado sus sueños, una oportunidad cayó del cielo con la fuerza de un meteorito. Las ascuas de su pasión se reavivaron con un nuevo leño. Un instituto tecnológico, un centro universitario asociado al M.I.T. le hizo una oferta de esas que no se pueden rechazar. Estudiaron la solicitud, revisaron su propuesta, cargaron y dispararon. Fue una bala imposible de esquivar. La de un francotirador en Faluya: directa al cerebro. El novio borracho en una boda que sin tiempo para reaccionar dice «sí».

Para estar en New Haven, el laboratorio no está nada mal. No es la central de Massachusetts, pero es mucho mejor que vivir a la sombra de la administración. Se acabó lo de ser un don nadie. Puso fin a lo de saltar de un *Think Tank* a otro. Ya ha casi olvidado cómo era aquello de rellenar aburridísimos informes. Se acabó lo de perder la vida en el laberinto de subvenciones bajo los templos malditos de Washington D.C. Un físico teórico, doctorado en mecánica de fluidos venido a menos. Obligado a reconvertirse a informático, relegado a chico-para-todo. Un hombre brillante reducido a la más absoluta nada. Volvía a encontrar la llama. Aquel era su sitio. ¿Cómo decir que no a lo de New Haven?

Lleva más de un año trabajando en el laboratorio del M.I.T. Allí le escuchan. Cada vez menos. Ponen interés en sus ideas y prestan atención a sus hipótesis. A veces

son raras, peligrosas, pero si no se explora lo inexplorable, nunca van a encontrar el ídolo dorado. Pierde el foco. La gráfica del interés desciende proporcionalmente al aumento fantasmagórico de sus nuevos postulados. Cada vez parece despegarse más de la realidad.

No es un físico convencional y se empeña en demostrarlo. Es el bicho más raro entre todos los bichos raros. Sus nuevos proyectos son recibidos con duda y recelo. Las paredes del despacho están ocupadas por pizarras cuajadas de cálculos en rotulador rojo sangre. La física, la biología, la mecánica cuántica y los ritmos circadianos dentro de la picadora salvaje de las matemáticas. Nadie entiende hacia dónde se dirige.

Los labios de sus compañeros pasan de la mueca de confusión a ser los barrotes que encarcelan la burla. Casi lo han dado por imposible. Cerebritos y frikis que pueden mirarlo por encima del hombro antes de lanzar un dado de diez caras o recargar maná. Le da igual. Ese rechazo es mucho mejor que estar en casa. Hace mucho tiempo que Helen no se preocupa de si respira o de si se atraganta con un hueso de pollo. Él tampoco.

Mucho trabajo y poca diversión hacen de Troy un tipo aburrido. Y eso es bueno. Está demasiado ocupado como para pensar en el torbellino obsesivo en el que vuela desde hace meses. Más de dos años es demasiado tiempo para aguantar en la boca un grito de dolor y de rabia.

Conducir y no pensar, ese es su mantra.

Creyó que apuntarse a un gimnasio, a meditación o a yoga lo ayudaría. No. De ahí, el salto a dudosas terapias que desafían a su cada vez más malograda mente científica; *coaching* de mierda y gurús de moda. Biodan-

za, pensamientos positivos y misteriosas fuerzas milenarias que atraen todo lo que te propongas si lo deseas con la fuerza necesaria. Todo chocó contra el muro estructurado de rocas lógicas. El dique que todavía protege su cerebro del envite de mares extraños.

No necesita que nadie le diga que el peso atómico de su alma fragmentada es el mismo que el del mayor agujero negro. Naufragó en la autocompasión. Algo de todo aquello sigue un poco latente en su cerebro de reptil. En la desesperación del abismo, cualquier madero mohoso puede marcar la diferencia entre vivir o morir al caer por la catarata. La diferencia entre creer en nada y empezar a creer en todo.

A Helen eso no le pasa. No sabe cómo, pero parece que tenga hierro fundido en lugar de corazón. Debe ser algún tipo de heroína. Un robot o un monstruo. Todavía no lo ha decidido. Mejor así.

Conducir casi dos horas para ir al trabajo y otras dos horas para volver también le ayudan a no pensar. Eso cree.

Antes tomaba el Ferry hasta Bridgeport. Como cualquier tipo normal aprovechaba el tiempo para leer, repasar apuntes del día anterior, para dar algunas cabezadas o desayunar un bagel con semillas de amapola junto a un expreso. Ahora tendría que ser un descafeinado y algo bajo en azúcar. Su tensión se lo agradece. Bastante alterado está con sus avances en el proyecto como para tomar café y azúcar. Además, la cafeína no es buena pareja de baile para los ansiolíticos.

Greg, un compañero del laboratorio, lo recogía al otro lado del puerto, justo en la puerta del Museo Barnum.

Mientras esperaba a que apareciera en su Toyota azul, se quedaba mirando las vitrinas y los carteles del museo. Extrañas sirenas, esqueletos deformes y monstruos de todo tipo. Monstruos. Piensa en Helen. Cabezas reducidas y cráneos amorfos. Recuerda. Algo había en todo aquello que lo atraía como a un polo opuesto. Algo tan absurdo y frágil como lo que le hace seguir pegado a Helen. Bien podría pasar a formar parte del catálogo circense como el hombre más dependiente del mundo.

Greg es un buen tipo. No le importaría que fuera él uno de los pretendientes que acechan a Helen en su imaginario bar de Long Island. Con su cuerpo tonificado y su cabello rubio bien cuidado nadie diría que es físico del M.I.T. Hace meses que no habla con él. Un día desapareció de su vida, sin más. Pocos días antes de la última Navidad dejó de aparecer con su Toyota. Si se encuentran en la cafetería del laboratorio, los dos fingen no conocerse y evitan sacar el tema. Nunca han vuelto a hablar de ello. De nada.

Antes de aquello, iban juntos hasta New Haven. Escuchaban la radio y hablaban de cualquier programa de la noche anterior. Los dos se acostaban pronto o veían documentales, pero jugaban a ser personas normales. Hablaban de programas que ya ni siquiera están en la parrilla de ninguna cadena. A veces charlaban de deportes aunque no tuvieran la más mínima idea. Algo de un partido de béisbol que no les interesaba. Algo de un caso de dopaje o de la victoria de un equipo que no conocían. La cosa era hablar, aturdirse desde bien temprano, darle una paliza al cerebro y desconectar.

Eso ya no funciona.

La situación en casa se ha convertido en la mayor de las caídas en picado. Un salto de fe sin que nadie recoja los restos al fondo del barranco. Directo al acantilado del infierno doméstico. Los dos bandos están rotos. Sin fuerzas ni provisiones. Nadie tiene el coraje de sacar la bandera blanca y pedir una tregua indefinida. Ella no está dispuesta a mostrar debilidad. Nunca se ha doblegado ni mostrado resignación en la relación. Si alguien ha tomado la iniciativa en este matrimonio, ha sido ella. Nadie va a firmar un armisticio que los separe en dos naciones con sentimientos independientes.

Ella, una mujer de carácter, de trato escamoso como piel seca de serpiente. Él no tiene fuerzas. Hace tiempo que su ingenio no se antepone a las malas decisiones. Su espíritu jovial y emprendedor está a la sombra de un mendigo que ruega por comprensión. Algo invisible los ata a una horrible guerra de trincheras que dura ya demasiado. Sucios y cansados sin saber por qué están luchando.

Pidió un cambio de turno en el laboratorio para no estar con ella. Imposible compartir ni un minuto en casa. Inventó un turno de noche que tuvo que suplicar al responsable del instituto tecnológico. No parecía una buena idea, pero un hombre con buen corazón sabe ver la lástima y la tristeza en los ojos de otro hombre desesperado. Todos hicieron la vista gorda en el trabajo. Si antes era el bicho raro, ahora era un extraterrestre que necesitaba psicoterapia.

Ahora prefiere conducir solo y recorrer cada noche y cada amanecer los más de ciento cuarenta kilómetros que separan su casa de su otra casa. Una gran idea.

Cuando es viernes y sabe que nadie va a volver hasta el lunes, se queda en el laboratorio y acomoda un sofá de la recepción, olvida la higiene más básica y se martiriza en el microscopio o delante de la pizarra llena de integrales y derivadas. Cuando come, lo hace de supermercado o compra fritanga en cualquier *food truck* del callejón. Trabaja sin descanso en algo que solo él entiende. Se le escapan detalles. En algún lugar existe eso que ningún cálculo es capaz de explicar. Aún. Casi, pero no. Respuestas que no va a encontrar escribiendo en una pizarra o mirando a través de una lupa de mil aumentos. ¿Quién es? ¿Qué quiere? Cualquier cosa antes que volver a casa.

Es lunes y toca retirada. Huir y limpiar la escena del crimen antes de que el resto llegue al laboratorio con la sensación asquerosa de una nueva semana de rutina. Es mejor que crean que se fue de allí el viernes, a disfrutar en familia del mismo gran fin de semana con el que todos van a fantasear y que nadie ha vivido en realidad. Magníficos paseos bajo el sol de media tarde, retratados desde la ventana para subirlos a Instagram. Amigos que no van a casa y salidas a un teatro para el que no había entradas. Planes perfectos que mutan en las poco glamurosas noches de Netflix y ganchitos rancios.

Aún le queda algo menos de medio camino. ¿Port Chester, quizá? Los faros del Volvo rojo siguen comiéndose la oscuridad. La saliva le sabe a angustia. No quiere volver a llorar. No es por vergüenza. Es porque sabe que no va a poder parar. Como en todo este último año. Se pregunta por el lapso de tiempo que existe

entre una pregunta y su respuesta. Se pregunta a dónde viajan los pensamientos y las ideas, a dónde van a parar las preguntas que uno mismo se hace sabiendo de antemano la respuesta, y mientras, llora.

Le pesan los párpados. Hace tiempo que la carretera se ha desdibujado en el fondo de su retina. El tiempo se detiene y el espacio se deforma. La carretera vibra en las diferentes frecuencias de un sueño REM. La potencia y la energía del cuerpo se deslizan por el tubo de escape del Volvo rojo. La noche moribunda, la llovizna y el asfalto. Conduce solo para no pensar, pero Troy piensa demasiado.





## II

NO RECORDABA LO PLACENTERO que era pasear por la playa. Disfruta del efímero momento, cuando la novedad todavía no se ha convertido en rutina. La tranquilidad y el sosiego discurren junto al aroma de las anémonas, las violetas y el protector solar. La orilla juguetea con sus pies. En una sensual *bossa nova*, la espuma del mar empapa con agua fresca el bajo de la falda de paño. Se entretiene mirando al límite del mundo. La libertad de quien ha salido por la puerta en el último día de un trabajo que odia. Las chancletas de esparto fino en la mano y una sonrisa bajo el sol. Ritmo pausado y sereno, mirada al suelo en busca de conchas y pequeñas piedrecillas. Se pierde en el horizonte y sonrío cada vez que el agua le moja los pies.

A lo lejos está el faro solitario. Allí, el paseo marítimo, y un poco más allá, la casa lila que han alquilado. Quedan todavía unos días antes de que acabe el verano. Apenas hay gente en esta época del año. Se puede pasear a cualquier hora sin molestos turistas ni familias ruidosas. La temperatura es agradable a finales de sep-

tiembre, como para ir en mangas de camisa o llevar como mucho una chaqueta fina.

Cierra los ojos y afina el oído. El rumor de las olas. El eco del agua cuando rompe contra el arrecife, al fondo de ese otro lejano acantilado. El rugido de un león de piedra dormido, las gaviotas y un buque pesquero que se acerca desde la línea que colorea el límite del cielo y el mar.

La bocina del barco raja el cielo y espanta a las gaviotas. Intenta que el ruido no perturbe su paz. Calma. El ritmo del oleaje se degrada y se distorsiona. Llega a sus pies en ráfagas sincopadas sin sentido lógico. No hay momento para el reposo cuando el pulso se le acelera y la bocina vuelve a escupir el molesto sonido. Ha vuelto a olvidar lo placentero que es pasear por la playa.

Una.

Dos.

Tres veces.

Vuelve a sonar. No quiere que le arrebaten el momento. Suena muchas más veces. Insistente, inquisidora. Molesta.

En el punto álgido de su ataque de ansiedad, se ve obligada a despertar. Abre los ojos y reconoce confusa que es el timbre de la puerta principal lo que ha interrumpido su sueño. La irritante chicharra se ha colado en su cabeza, ha mutado en forma de buque y ha destrozado el idílico paseo sobre la arena húmeda. En cierto modo se siente tranquila.

Es temprano. Demasiado. Los dígitos azul turquesa del reloj de la mesilla le dan la razón. Está desorienta-

da, casi mareada. Intenta recordar, pero ya ha olvidado lo que ha soñado. Lo tiene en la punta de la lengua. No puede. ¿Cómo es posible?

Se levanta alterada ante la insistencia del timbre. No puede ser solo alguien que se ha confundido. Nadie puede ser tan estúpido para insistir tanto. Hasta los Testigos de Jehová tienen corazón. El cuerpo tiembla. Espera una mala noticia. La sangre corre hacia los pies en un torrente que deja en blanco el cerebro. No atiende a ponerse el batín ni las pantuflas. Baja a saltos las escaleras y, sin saber muy bien cómo ha llegado al piso de abajo, aparta la cortinilla para ver quién insiste tanto. Abre la puerta con gesto malhumorado. Se lleva la mano a la frente perlada de sudor frío.

—¿Mamá? —La respiración entrecortada y el pulso al borde de la explosión—. ¿Qué demonios haces aquí tan pronto? —Estira el cuello como un emú y mira hacia la calle húmeda—. No ha amanecido todavía. ¿Cómo se te ocurre?

Una mujer idéntica a ella, veinte años mayor, la echa a un lado y entra sin dar explicaciones. Parece estar acostumbrada a hacerlo. El descuidado aspecto de recién levantada, las ojeras y el pelo alborotado no ayudan a diferenciar cuál es la mayor de las dos. El atuendo escrupulosamente planchado, el olor a perfume caro y el tinte perfecto ayudan a diferenciar cuál de las dos ha dedicado el tiempo necesario para preparar la visita.

—Escúchame.

La ignora.

—¿Mamá?

—Me tenías preocupada —dice pausada, severa mientras entra—. Mucho. Cuando hablamos anoche por teléfono te noté muy alterada. Muy disgustada. Más de lo normal. Quería asegurarme de llegar antes que tu marido y que no hicieras ninguna tontería.

—Una tontería.

—Sí. ¿Cuántas veces me has venido con la misma cantinela? ¿No has pesado ya que algún día me cansaré de escucharte?

—¿Y a qué has venido, a controlarme?

—A lo que necesites. A lo que tú quieras.

—Nadie te lo ha pedido. Y menos tan temprano. Por favor, tengo que arreglarme para ir a trabajar.

—Lo que sea, pero antes ofrécele un café a tu madre —dice con sonrisa de bótox—. Por favor.

Se quita el abrigo, se frota las manos y deja el bolso en la encimera de madera de la cocina. Echa un vistazo a la casa. Está todo bastante desordenado y descuidado. En el fregadero quedan algunos platos sucios.

—Hija, ¿tú cómo estás? Te veo muy desmejorada. Mucho.

Fuera hace frío. Ella sigue mostrando su pijama al mundo. El sol se intuye tras las casas de sus vecinos. Los techos con tejas negras impiden ver el amanecer. Cierra la puerta y se prepara para empezar el día con el mayor de los dolores de cabeza.

—¿De verdad has madrugado y conducido hasta aquí para criticar mi aspecto de recién levantada?

—Sí. Para ver cómo estabas y para tomarme ese café.

Sonríe de nuevo. La cara está a punto de estallar bajo unas mal contenidas arrugas de expresión.

—He quedado temprano en el club de campo. Me pillaba de paso.

En el pequeño televisor de la cocina, Jerry está sorprendiendo a Mike con un fabuloso juego de cuchillos. Corta una lata, unos guisantes congelados, un tornillo y después acaricia un tomate para sacar lonchas finas, casi transparentes. Sería extraño no hacer eso con un nuevo juego de cuchillos en oferta. Mike no sale de su asombro. Quiere conseguir esos cuchillos cueste lo que cueste, antes que nadie, pero no sin antes hacerse con el especial para pan y con ese otro de forma tan rara que nadie sabe para qué sirve.

Los gritos de Mike y Jerry ocupan el espacio de una conversación en espera. La cafetera y la tostadora se ocupan del resto.

—¡Helen! ¡El café se va a salir!

—Por favor mamá, ¿no puedes apagar la cafetera? —grita desde el piso de arriba—. Además, es una Mellitta con jarra de cristal, ¿cómo se va a salir?

Pero Helen ya ha bajado corriendo las escaleras con el moño rubio y tan revuelto que parece un nido de cigüeñas.

Jerry y Mike ya no anuncian cuchillos, sino un producto mágico para limpiar cualquier tapicería. Un spray blanquecino que arregla cualquier alfombra y limpia de vino los sofás de los invitados más torpes. Si Mike se da prisa, puede conseguir también ese cepillo de triple acción.

Helen mira nerviosa el reloj. Suspira y se relaja. Va casi veinticinco minutos adelantada a su horario habitual.

La inesperada visita de su madre ha destrozado la rutina. A esta hora se estaría duchando y no terminando de arreglarse para salir por la puerta. Siempre huye antes de las siete y media, que es cuando suele llegar Troy.

Aprovecha y desayuna con tranquilidad. Cambia la teletienda para poner las noticias, y mientras los avances informativos recorren un mundo en el que no pasa nada importante, saca algunas cosas de los estantes: leche, cereales y cacao.

A su madre le gusta el café bueno, de cafetera italiana, pero se va a tener que conformar con un americano largo y aguado. No aprueba el café, pero le da el visto bueno medio *muffin* duro de hace un par de días. No se quiere ni imaginar el tamaño que tendría cuando estaba entero. Se le desborda de la palma de la mano. Ya que el café es malo, que por lo menos sea en abundancia. Helen le sirve la taza más grande que ha podido encontrar. El café recién hecho es el mejor detonante para aprovechar y ponerse al día. Intenta volver a ese punto de no retorno:

—Anoche me dejaste muy preocupada.

Su madre se ha metido muchas veces en demasiados sitios donde no la llamaban. A veces la necesita. A veces no. Helen no tiene más que un puñado de compañeras de trabajo con las que chismorrear, pero es a su madre a quien recurre cuando hay que hablar de algo que no sea una serie de televisión o del guaperas nuevo de la planta cinco.

—Solo necesitaba hablar, mamá. Ya lo sabes.

—Yo solo quiero que estés bien. Que estéis bien. Cuéntame, ¿qué pasó?

—No hay nada nuevo. Ya sabes, lo de siempre. No estamos bien. No se va a arreglar. Lo intento, pero no. Me tenía que desahogar. Solo eso.

—Como siempre, pero me sonó a algo mucho más que eso. Crees que te está... —Bebe un largo sorbo de café.

Helen mueve la cabeza hacia atrás y cierra los párpados como si estuvieran hechos de mariposas.

—Que me está, ¿qué?

Su madre no deja de beber café, pero desde el otro lado de la taza, tras el humo, alza los ojos y envía un certero mensaje. No hay lugar a interpretaciones cuando levanta las cejas.

—¿Engañando con otra? —dice Helen riendo.

—Tú lo has dicho, no yo. —Y cambia el canal para ver cómo Mike y Jerry juegan con un plumero que atrapa todo con poderosa estática.

—Qué disparate... ¿Troy? ¿Con otra? Lo que me faltaba por oír.

—Si no es eso, entonces, ¿qué es? Además, hace meses que no dormís juntos.

Helen finge no escuchar esa última parte y vuelve a cambiar el canal de la televisión. Los deportes. Muerte de una tostada que chorrea mermelada de ciruela y continúa:

—Está más desmejorado que nunca. Y eso que yo también me miro al espejo, no creas. No estoy en mi mejor momento —dice, y agarra una pequeña y novedosa lorza en su costado que evidencia un leve aumento de peso. No tan leve a sus ojos, imperceptible para el resto del mundo.

—Eso es salud, hija —dice quitándole importancia.

Helen hace una mueca. Con su dedo índice apunta directamente a la cara para decirlo todo sin abrir la boca. «¿Esta cara también es salud?» Las ojeras y el color pálido no entran en la ecuación de lo que se entiende por aspecto saludable.

Su madre mueve la mano en el aire para quitarle peso al desmejorado aspecto de su hija. En realidad parece que tenga cien años más. Al menos no tiene tantas canas como ella. Aún. Muerde el *muffin*:

—Siempre ha estado en su mundo, no sé de qué te sorprendes ahora. Siempre ha sido uno de esos raritos.

—Pero es diferente. Cada vez es peor. Antes llegaba a tenerle miedo, y ahora está como muerto.

—Cada uno lo lleva a su manera. Cada cual con sus tiempos. Paciencia. Esto no son matemáticas. Las cosas del corazón no entienden de números.

Las cosas no han sido fáciles estos últimos años. Para ninguna de las dos. La buena relación de Helen con su madre se ha visto salpicada por truculentos episodios y disputas domésticas. Llamadas de teléfono a horas intempestivas, llantos y gritos. Una tortuosa vida marital que ha trascendido los límites de cualquier situación normal, al límite de la denuncia, más allá de lo creíble.

Helen y Troy se han acostumbrado a vivir en ese hielo indiferente. Se miran y no se hablan. Se hablan y no se escuchan. Mundos paralelos que no llegan nunca a colapsar.

—Paciencia —repite su madre para atravesar el silencio.



—¿Más paciencia? Yo ya no sé qué es eso. La agoté hace meses. Parece que él es la única víctima en todo esto.

—Y se comporta como tal. No como tú. —Cierra los ojos e intenta usar el comando «Deshacer» en su mente. Quiere borrar esa última frase.

—¿De verdad quieres volver a hablar de eso? ¿Te ha pedido él que lo hagas?

—Perdóname, no quería.

—¿En serio quieres volver a sacar el tema? —dice molesta, sin dejar terminar la explicación.

Su madre hace un gesto con las manos. Tira la servilleta con suavidad sobre la encimera. Anula una imaginaria jugada en una cancha de baloncesto.

No es la primera toalla que tira ni la primera batalla que pierde con su hija. Tiene un carácter que no sabe de dónde lo ha sacado. A veces es imposible hablar con ella. Lo mejor es dejarlo estar y esperar a que el vapor de la olla a presión se escape por las rendijas de sus narices. Es un muro de acero, impenetrable. Ha terminado antes la conversación que el *muffin*:

—Perdóname. No vamos a volver a hablar de eso —dice con voz arrepentida.

Traga el último pedazo y sorbe el café aguado. Sabe que no es el momento de quejarse. Hace bastante tiempo que no pasa por casa de Helen y ni siquiera la han invitado. Una extraña en un planeta desordenado y desconocido. No es momento de pedir otra taza ni de volver a abrir la boca.

Helen está molesta. Parece inquieta. Una perra hambrienta en una jaula muy pequeña. La visita se alar-

ga más de la cuenta. Su rutina ha saltado por los aires y son casi las siete y media. Está tensa. Se intenta abstraer y lucha por recordar qué es lo que ha soñado. Tiene que serenarse antes de salir por esa puerta o terminará atropellando al primer niño que se cruce en su camino. No quiere ni pensar en abrir la puerta y encontrar la bobalicona cara de Troy.

—Si necesitáis ayuda o no tenéis mucho tiempo para dedicarle a la casa... —mira sutilmente alrededor del desorden—, podría pedir algún nombre en el club de campo —dice la madre.

No sabe cómo disipar la tensión del ambiente. El silencio absoluto en la respiración de su hija. El comentario equivocado en el momento menos oportuno.

La madre de Helen hace un gesto con los dedos, sella sus labios y tira una llave invisible a un mar que tampoco existe. Ahora sí que ha dado por zanjada cualquier conversación.

La casa de Helen y Troy está descuidada, pero no es muy distinta a cualquier otra casa de cualquier zona residencial de Long Island. Un perfil común para una casa común en un lugar cualquiera. No es la zona más ostentosa ni la más olvidada por el dinero que se escurre desde el ayuntamiento. El camión de basura es puntual, el césped común se corta a menudo, alguien cobra unos cuantos pavos la hora por meter la mano y desatracar los canalones de ardillas muertas y, si hay goteras, alguien viene a cualquier hora para arreglarlas. El paraíso de la clase media, más cerca de Levittown que de Amityville. Al principio les hacía gracia. Hacían bromas sobre entes malvados que obligan a un hijo a asesi-

nar a toda su familia. El chiste dejó de tener gracia pronto.

Helen apura un último sorbo de café. Mira la pantalla del televisor. Llegan las anécdotas que cierran el bloque serio de las noticias. Escuchan el *Starman* de Bowie a volumen prudencial mientras un descapotable Tesla de color rojo flota por el espacio. Elon Musk y su sonrisa canábica, cohetes y proyectos millonarios. El nuevo logro de la era del coche eléctrico. La línea de bajo se interrumpe. Helen y su madre se sobresaltan cuando suena el teléfono colgado junto al frigorífico. Ya nadie llama a un hijo si no es para vender algo. Una nueva línea de datos o fibra óptica. El teléfono sigue sonando. El gesto inquieto de su madre obliga a Helen a coger el teléfono. Hace caso a la persona que sigue viviendo en la era analógica y levanta el auricular.

Helen escucha atenta a quien le habla al otro lado del teléfono. La conversación es más larga y tensa de lo que sería con alguien que quiere vender un seguro de vida o un nuevo plan de telefonía móvil. Ella se limita a asentir y a hacer leves ruidos de aprobación con la boca cerrada. Traga saliva. Cuelga el teléfono. Se lleva la mano a los labios, aprieta los dientes y se queda pensativa.

—¿Quién era?

Helen ignora a su madre y echa mano al bolso. En un movimiento torpe, las manos se cruzan. Unas van hacia el bolso, a coger el teléfono móvil, y las de su madre hacia el mando a distancia. Helen llama a un contacto que tiene almacenado en marcación rápida. «Sandy». Espera un par de tonos.

—¿Sandy? Escucha... Soy yo, Helen. No voy a poder ir a la oficina hoy. Te cuento más tarde... Avisa, por favor... Ya lo arreglaré, ¿vale?... La presentación está en la carpeta, sobre el escritorio... Sí, luego... luego te cuento. Gracias, cielo. Un beso.

A la madre de Helen le sorprende más que su hija tenga palabras amables para alguien que esas dos llamadas tan extrañas que ha presenciado. Espera a que su hija termine y le cuente. Es posible que no lo haga. A veces es rara. Siempre es rara. Mucho ha cambiado en estos últimos años. Casi no la reconoce. Aprovecha y cambia el canal.

—Troy ha tenido un accidente volviendo a casa —dice Helen tranquila.

—¿Cómo?

—Lo han trasladado al Montefiore. Salgo para allá.

En la tele, Mike y Jerry anuncian un pegamento extrafuerte. Un pequeño tubo plástico con una pasta transparente. Es capaz de pegarlo todo. Mike se asombra con la potencia del producto y con lo rápido que seca. Porcelana, caucho, suela de zapatos y plástico. Es capaz de unir las piezas más difíciles de los materiales más extraños que se pueda uno imaginar. Un pegamento que lo arregla todo, hasta, quizás, la relación más rota de todas.